

Amanecer en la cima de las montañas verdes

evanescencia



Capítulo 1

Seguro que conoces la historia del descubrimiento de la radioactividad. Te debe de sonar si en su momento prestaste algo de atención en las clases de química o si alguna vez has llegado de rebote a una de esas listas de internet donde recopilan cualquier cosa curiosa como descubrimientos científicos importantes que surgieron sin querer. Ahí está lo bonito, lo reseñable: muchos investigadores y científicos consiguieron la gloria de un Nobel o el reconocimiento histórico a partir de eso, por puro azar, de mera casualidad o a través de un error.

Aunque a Adela le pasó una desgracia debido a esto último, pero en su caso no suyo, sino de otros, con el paso del tiempo acabó siendo todo lo contrario. Lo mejor que le pasó en su vida. Le duró poco pero nunca estuvo tan llena de ánimo y energía. Fue una bendición.

Siempre había tenido el culo más grande que el resto de sus compañeras de clase. Podía haber sido el objetivo de todas las envidias y deseos en el instituto si le hubiese acompañado un buen escote pero, desgraciadamente, el tamaño de su trasero era inversamente proporcional al de su pecho. Un busto completamente plano, lo único que sobresalía en esa zona eran, si acaso, sus dos pezones. Salvo eso, nada de relieve, ninguna curva en esa zona. A esas edades se le da mucha importancia a eso, o no sé si alguna vez cambiamos.

Adela siempre había tenido complejo con su cuerpo. Empezó en el segundo curso, cuando ya todas llevaban unos pasos avanzados en la pubertad. El culo aumentaba pero el pecho no respecto al resto de sus compañeras. Tenía, ciertamente, una figura rara, extraña. En los vestuarios, después de las clases de educación física, miraba cómo el resto de las chicas tenían algo de pecho, con sus más y sus menos. Ella no tenía nada, absolutamente nada. Y pasaron los años y solo crecían las bromas pesadas y algún que otro insulto de aquellos, y aquellas, que no congeniaban con ella, o que querían ser populares lastimando a la diana oficial del grupo. En su clase las notas eran bastante bajas y la participación casi nula pero la imaginación y el talento se disparaban a la hora de poner motes. Cosas de críos que te marcan para el resto de tu vida. Todo el mundo se ha metido alguna vez con el físico de los demás. Insultar a una persona por su cuerpo, considerarle inferior por el mero hecho de ser feo, tener una estética diferente a la normal, estar alejado de los cánones de belleza del momento. Es una forma de pensar y actuar muy cruel pero en este mundo superficial que todos aprobamos, con algo de resignación pero, a nuestro pesar, con gusto y deseo, tiene cierto sentido.

. Y la misma situación ocurría fuera del instituto, en las actividades extraescolares: en las clases de natación y en el taller de pintura.

También en el pueblo. En cualquier lugar hay adolescentes con ganas de destruir anímicamente a cualquier persona que tenga algún defecto o que sean distintos.

Los padres de Diana sufrían con ella. Hablaron con los profesores pero

nada cambió sino que empeoró. Había que hacer algo, no hubo mejoría ni en diez sesiones con un psicólogo así que para su dieciocho cumpleaños le regalaron un aumento de pecho. Un gesto generoso o estúpido, según se mire. Fue idea de su madre, confidente casi exclusiva de los traumas que iban floreciendo en su hija, llegando a marchitar el espíritu tan vivo que tenía de pequeña. La adolescencia estaba siendo un martirio que había apagado la alegría y el desparpajo de su infancia.

Cuando se lo propusieron, Adela se alegró con prudencia. Mostró dudas al principio pero se disiparon a los pocos días. No fue un regalo recibido con un salto y un abrazo fuerte y largo a sus padres pero después fue agradecida.

Les comentó que quería algo discreto, que no se notase mucho para no ser insultada de otra manera. Si sus conocidos notaban el cambio seguirían las burlas, cambiando solo el contenido y posiblemente aumentando la cantidad.

En enero tuvieron una primera reunión con el cirujano. Una hora de dudas, aclaraciones, mil preguntas y mil respuestas. Adela descubrió que tenía una hipoplasia de mama y cómo se podía corregir. Aprendió la distancia entre la clavícula y un pezón, y otras medidas a tener en cuenta para la operación. Algunas ya se las sabía: la anchura de su pecho era una información bien sabida por ella, de medirse en secreto varias veces con el metro de coser de su madre cuando el resto de amigas y compañeras de clase ya empezaban a usar sujetador.

El doctor le comentó que aunque las posibilidades eran extensas debían tomarse ciertas limitaciones por su fisiología: zona de colocación, envoltura, relleno, forma, tamaño, proyección. Le enseñó fotos de mujeres de operaciones anteriores. Adela pidió algo humilde, natural pero con cierta cantidad. Después de una simulación 3D pidió subir unos centímetros, llegar a algo más llamativo. Le dejaron probarse un sujetador especial para experimentar el tamaño elegido y pidió un poquito menos, pero así estaba bien. En todo hizo caso a las recomendaciones que recibía.

Los cirujanos dijeron que Adela fue muy valiente antes y durante la operación, ya que estuvo con anestesia local. No hubo ningún percance en la hora y poco que duró, por eso no se descubrió hasta la noche de después, en la habitación donde Adela reposaba, cuando el paciente de la cama de al lado gritó horrorizado sobre la presencia de una entidad extraterrestre en la oscuridad.

Al final eran los nuevos pechos, que emitían una ligera luz verdosa. Nadie se dio cuenta de que esa tirada de implantes tenía una cantidad residual de sustancia fosforescente: el quirófano estuvo plenamente iluminado al igual que los pasillos y el resto de habitaciones de la clínica, no hubo manera alguna de percatarse de esa peculiaridad lumínica que tenían. Prometieron investigar sobre lo sucedido, la naturalidad de esa sustancia, buscar responsables en el proceso de elaboración, compra, transporte e inspección para tener unas cabezas cortadas que enseñar y calmar la situación.

Aunque el mundo aparenta estar lleno de profesionales es todo mentira,

hay mucho incompetente bien camuflado bajo un gran carisma y otros tipos de marketing. No existen los series de luz en ningún empleo. O no existen, en general. Investiga cualquier oficio y estarás desencantado con el mismo. Entra en un fogón de restaurante y nunca comerás la comida que te den otros. Escucha lo que piensan los profesores de sus alumnos y querrás educar a tus hijos por ti mismo. Acude a un plató de televisión o cualquier tipo de grabación con una cámara de por medio y perderá toda la magia y el glamour que antes veías en cualquier programa, serie o película.

Los cirujanos pidieron disculpas y concertaron una fecha temprana para corregir la fallida operación pero la familia se puso histérica pidiendo irse a otra clínica más seria, que otros revirtiesen la chapuza que habían hecho. No había ningún peligro para la salud de Adela pero claro, ahora sus tetas eran dos faros verdes al caer la luz. Firmaron el alta voluntaria y se fueron el mismo día de allí. Adela se encerró en la habitación mientras sus padres buscaron otra clínica para revertir la operación. No repararían en gastos esta vez, compararían y decidirían por lo mejor. Así estuvieron, ellos yendo de un sitio a otro y ella sin salir de casa.

Consiguieron una cita con el doctor más renombrado en el noble arte de los implantes mamarios. El precio ya no era ningún problema para los padres. La nueva cirugía sería en tres semanas. El prestigio se paga caro en dinero y tiempo.

Durante la espera, Adela se fusionó con su cama. Apenas se levantaba de ella, ni siquiera tenía energías para ir al baño a hacer sus necesidades. Se aguantaba hasta que no podía más. Todo el rato tumbada, bocarriba cuando querría estar bocabajo, para ahogar en la almohada sus gritos mentales de frustración por su mala suerte, para no ver nada cuando tuviese los ojos abiertos, sin poder hacerlo pues no era recomendable presionar su sensible pecho operado, ni siquiera contra el blando colchón. No tenía ganas de nada pero al final tuvo que ir al instituto para no perder su plaza. Demasiados días faltando, estaba rozando la anulación de un curso entero. Nadie avisó de su operación, ni antes ni después, ni ella ni sus padres, ya sea por vergüenza de lo sucedido o qué.

Durante el camino al centro, sentada en clase y en el recreo fue observada por todos, alumnos y profesores. Al principio miradas de asombro, luego de curiosidad y, por último, de deseo. Sus amigas preguntaron y los demás compañeros también se acercaron a escuchar. Se convirtió en la más popular, todo el mundo quería saber y estar con ella. Por suerte nadie sabía nada de su peculiaridad verdosa, el instituto estaba repleto de ventanas, las persianas subidas, sin oscuridad amenazante.

En esas tres semanas de espera fue el periodo que más veces estuvo fuera de casa. Todo el fin de semana salió. Viernes, sábado y domingo, todo un récord para ella. Fue invitada a casas, botellones, quedadas, fiestas. Le propusieron citas, tanto chicos como chicas. Eligió lo primero y así logró su primer beso. Todas sus nuevas experiencias tenían toque de queda por imposición propia, antes de ponerse el sol, como una cenicienta en la era de la cirugía plástica.

Aunque una noche salió. Ella sola, para que nadie conocido descubriese el defecto fosforescente de sus dos virtudes. También para probarse, ver si había ganado valentía. Si recibía miradas atrayentes durante el día, ¿cómo sería por la noche? Decidió buscar la respuesta por ella misma. Se rizó el pelo, se maquilló, se puso el vestido más ajustado que encajaba con sus nuevas medidas y se dirigió a una discoteca del otro extremo de la ciudad.

Cogió el tren y a la tercera estación ya estaba arrepintiéndose de su arrebató. En la cola para entrar estuvo a punto de largarse. Qué estaba haciendo, qué estaba haciendo se preguntaba. El puerta le dejó entrar sin preguntarle su edad tras ver su escote duro y apretado.

Ya estaba dentro. Luces parpadeantes, música ensordecedora, sudor en el aire, alcohol en el suelo y un montón de seres humanos brincando apretujados. Le entró el pánico, había hecho una tontería. Se quedó en el pequeño vestíbulo oscuro, observando desde la lejanía. Era una inexperta pero sabía que en la jungla de la fiesta nocturna debes estar acompañada, tener la espalda y todos los flancos protegidos para atisbar pronto los peligros. Identificó rápido algunos de ellos, en la lejanía: a las personas que salen para ligar, a las que salen para drogarse y a las que salen para buscar pelea.

Alguien le tocó el hombro y susurrándole al oído vino la oferta. A la noche siguiente volvió para aceptarla.

Si el mundo está lleno de caretas de profesionalidad no te imaginas los disfraces enteros que ocultan las parafilias de la gente. Desde sentir excitación por chupar unos pies hasta ponerse eufórico por zumbarse a una anciana con varios muñones. Hacerlo vestidos con uniformes de otras profesiones o embutidos enteramente en cuero negro, de los pies a la cabeza sin ningún milímetro de piel al aire libre. Meterla en orificios de máquinas en pleno funcionamiento o penetrarse con cualquier especie vegetal.

Cualquier atracción sexual alejada de los estándares convencionales es considerado como algo extraño, enfermizo, indecente. Según las estadísticas cualquier persona ha tenido una pareja, un familiar o una amistad con estos gustos peculiares. Desviados repletos de perversiones, anormales con aberraciones mentales. Una sociedad enferma no crea personas sanas. Igual dentro de unos años, décadas o siglos una organización se pondrá seria para que sean aceptadas estas filias, definir las debidamente, quitar esa aura despectiva que arrastran, agrupar a los afectados como un colectivo, fundar un movimiento para que sean comprendidos por el resto pero hoy en día, ahora mismo, son repudiados, marginados, insultados, juzgados. Y es desolador, en esas relaciones de amor, amistad y fraternidad no hay confianza verdadera. No son queridos y amados por ser quienes son en realidad. Viven en disfraces y máscaras, como todo el mundo, bajo el silencio, fingiendo por miedo, ocultándose para no ser rechazados, siendo lo que no son. Y así tienen que desfogarse con desconocidos, desnudarse y mostrarse tal y como son con gente que ni siquiera les quiere.

Adela fue contratada para luchar contra eso, satisfacer el deseo reprimido

de otros.

Muchos imaginaban que era un ser de otro planeta, de otra galaxia, de otra dimensión. Otros solo querían simplemente ver unas tetas que emitían luz, les daba igual el color. Y una pequeña parte eran más exquisitos. Por ejemplo, una vez un hombre trajo un radiocasete con sonido ambiente del tráfico de una ciudad y cuatro pares de lámparas pequeñas y circulares, dos rojas y dos amarillas. Le pidió que se las colgase del cuello y que se pusiese encima de él durante todo el rato. A Adela le daba igual. Las miradas hacia ella, las palabras de cariño, las mil gracias que recibía de sus clientes le llenaban la vida. Por fin sabía lo que era ser el centro de la atención en su variante positiva. Nunca se había sentido tan querida. Tan deseada. Los fines de semana los pasaba fuera para satisfacer a hombres y mujeres. Viernes, sábado y domingo durante las tardes y las noches. Las mañanas eran para descansar. Era parte de una iniciativa filántropa. Nadie tiene la culpa de sus gustos, y ellos ayudaban a aquellos que eran considerados extraños, a que actuasen debidamente a sus patrones de comportamiento sexual dentro, claro está, del marco ético y legal. Una comunidad de clientes y proveedores, que daban consentimiento siempre que hubiese responsabilidad y una cantidad de efectivo calculada según la dificultad y exotismo de sus necesidades.

El día de la nueva operación llegó pero Adela se negó y tras una discusión con sus padres se fue de casa de un portazo para irse a vivir a un apartamento de dos pisos en el centro de la ciudad, una pequeña mansión en miniatura donde se podía controlar las persianas y el microondas con una aplicación del móvil. Con el dinero que había ganado en tan poco tiempo podía permitirse eso y mucho más.

Siguió siendo la sirena abisal, el espectro de la pasión, la bella radiactiva, el hada traviesa, la limusina humana, el ángel de jade, la constelación personificada.

Los cirujanos habían hecho un trabajo perfecto en su negligencia. Textura, tamaño y forma que parecían haber crecido con ella y no ser un añadido repentino. Sin ninguna presencia de cicatrices, nada de líneas más oscuras que el resto de la piel. Era todo natural, nada de añadidos estéticos en sus pechos, había nacido con esa luz interior. Un gran favor para las fantasías de los clientes, les permitía volar más fácilmente y dejar propinas más cuantiosas. Dar un buen material para sus sueños era siempre de agradecer con gran generosidad.

Adela aprendió de sus compañeros de fatigas, haciendo más caso a ellas que a ellos, a través de una serie de consejos y sugerencias para trabajar su estética, sacarse partido, ganar más dinero. El pelo decolorado para potenciar su aura mística: cabello, pestañas y cejas de color blanco, con cierto matiz esmeralda para no llegar al albinismo o la poliosis, para evitar hacerle la competencia a otras camaradas de la misma causa. Pasear por las calles nocturnas con ropas de color neón hechas a medida, con la falda lo suficientemente corta como para conquistar a los potenciales clientes y a la vez sentirse a gusto consigo misma. Presentarse en sus sesiones engalanada con collares y pulsares de luces LED alimentadas por baterías

autónomas de larga duración para no interrumpir la atmosfera. Sus zonas erógenas rebozadas en brillantina, o tatuadas con pintura corporal luminiscente de fácil lavado.

Las semanas continuaban y los implantes se inflamaron. Su pecho con sospechas de ser natural pasó a ser dos protuberancias imperfectamente redondas. Adela se convirtió en una tabla de planchar con dos mitades de una pelota de baloncesto en su superficie que se iluminaban en la oscuridad. Los clientes potenciales aumentaron proporcionalmente al tamaño y artificialidad de su cuerpo. Algunos pasaron a ser fieles seguidores o incluso fanáticos. Su caché subió como la espuma.

Le regalaban flores, perfumes, lencería, libros, móviles y entradas para ir al cine, al teatro o a cualquier evento. Entradas dobles, dejando caer que querían su compañía. Le dedicaban canciones, cartas y poemas que se olvidaba a los cinco minutos de haberlos leído de tanta cantidad que recibía.

Las noches del fin de semana se convirtieron en insuficientes para ella y también salió los jueves. Y algunos días más. No paraba de trabajar, las agujetas eran una espléndida acupuntura. Pensó en recibir en su propio apartamento y estar disponible siempre, en cualquier momento, pero le recomendaron que no lo hiciera.

Tenía varias llamadas de sus padres, una por cada hora del día, pero nunca cogía el teléfono, ni contestaba después. No iba a ser esa persona que ellos querían. También recibía mensajes de sus antiguos amigos preguntando por ella, pidiéndole quedar y salir juntos pero Adela ya estaba en un mundo de mayores, había pisado en tierras más lejanas que ellos.

Todo el universo de su pasado le provocaba malos recuerdos y ya no le aportaba nada. Solo dolor y malestar. Si volviese a su antiguo hogar querían que volviese a ser como antes, arrebatándole aquello que le encantaba, lo que ahora era. No lo podía tolerar y así actuaba, en la distancia, esperando ser olvidada para siempre y ser plenamente una nueva Adela. Ellos nunca aceptarían su nuevo mundo.

En Europa el tenedor fue considerado al principio no solo un objeto estrafalario sino un instrumento del diablo, un utensilio de pecadores. En el Londres de la Ilustración el primer usuario de paraguas fue, además del hazmerreir de la época, insultado y golpeado. Paseaba por la calle y le arrojaban basura. Era un objeto que no entendían los ingleses. Hoy en día pasa con los abanicos, si eres un hombre te miran de forma extraña si está siendo agitado por una de tus manos.

No solo ocurre con hábitos y objetos sino también con la psique, la forma de ser o sentir. La nostalgia era una enfermedad grave, letal y contagiosa en el siglo XIX que bien podría llevarte al manicomio.

Hay mucha rémora cultural, mucho complejo. Decimos ser muy abiertos de mente pero aún hay muchos tabús. Respiramos una tolerancia falsa, incluso entre los iguales que son algo diferentes al resto. Ocultos por los estigmas y pecados sociales. Animales asustadizos por la vergüenza pública. Restringidos fuera del ámbito privado, y a veces no hay ningún tipo de hogar para esa forma de ser.

Nos imponemos una especie de ostracismo psicológico. No estamos orgullosos de nosotros mismos, tal y como somos en realidad. Y es normal pues lo distinto a lo acostumbrado es atacado y agredido. Es algo natural en la especie humana, actuamos así antes de pensar y querer comprenderlo.

En una madrugada del agosto siguiente, Adela fue encontrada en una de las calles de su barrio. Tumbada mirando fijamente el cielo, la piel pálida, el tórax abierto dibujando en el suelo una mancha extensa de sangre que llegaba a una bola de silicona, alejada pocos metros de su cuerpo inerte. Al principio se creyó que le había explotado uno de las prótesis mientras paseaba por la noche pero en realidad fue un borracho que le sacó uno de los implantes a golpe de navaja, asustado por la luz verdosa que desprendían, y una vez en sus manos lo dejó caer asustado para huir al darse cuenta de lo que había hecho. O eso es lo que dijo en el juicio. Adela murió desangrada y de forma cruel pero desde la operación fue la única vez que brilló en su vida. La diosa de una comunidad secreta. Tus fieles no te olvidamos.

Así queremos que sea la inscripción de su lápida.